

El PNV retorna a la tradición

El rotundo triunfo obtenido por la línea tradicional del PNV en las elecciones del Euskadi Buru Batzar, ejecutiva de ese partido, ha sido calificada en algunos medios políticos como el éxito del sector conservador contra un pretendido movimiento renovador que en ciertos medios informativos ha llegado a calificarse de resista. El juego de palabras hábilmente utilizado para preparar una simple pugna de cuadros como un enfrentamiento ideológico entre "socialistas" y "reaccionarios", no tiene, sin embargo, mucho menos, el alcance que se pretende.

Efectivamente, desaparecido Juan Ajuriaguerra, líder indiscutible que aglutinaba, sin apenas oposición, en su persona todas las tendencias lógicas en un partido interclasista y hasta contradictorio en algunos aspectos, y los sectores parlamentarios de reciente incorporación, aleccionados en una buena parte entre los idearios propios de la democracia cristiana centroeuropea y aliados con los sectores empresariales y financieros vascos, han intentado cerrar una etapa de predominio nacionalista, sentimental e independiente y dejar paso a unas posturas más modernas, conectadas en su forma y en sus intereses con las raíces donde ellos mismos han nacido.

Sin embargo, la gran base del PNV, fiel a la tradición interclasista, a las relaciones laborales del más puro paternalismo, y enraizada en la genuina aceptación del término **abertzale** (patriota) ha rechazado que, tras el largo periodo del franquismo, las esencias del PNV sigan bebiendo en aspiraciones independentistas, más próximas a los sectores nacionalistas radicalizados o a la izquierda **abertzale** que a las corrientes democristianas y de aspiraciones estatistas que auspiciaban algunos de sus parlamentarios.

No ha sido, pues, una lucha entre conservadores y progresistas, o socialistas y el bunker, como se ha querido presentar. Precisamente los llamados conservadores han abogado por fórmulas de acercamiento social, en tanto que los progresistas quizá mantengan unidos en torno a intereses más concretos y dentro de las corrientes europeas del momento.

Ha triunfado el nacionalismo tradicional, unido casi siempre en su afán financiero a las buenas disposiciones de las fortunas sudamericanas, que en Euskadi juegan un papel puramente altruista, en desahucio de los sentimientos familiares y ajenos a la concepción clásica del grupo de presión.

El futuro de un partido que es mayoritario en Euskadi puede ser, libre de la presión moral de alguno de sus líderes parlamentarios y de la familia de políticos recién llegados, encontrar una salida fácil a las posiciones de los grupos nacionalistas radicalizados de izquierda, aunque ello suponga un distanciamiento ineludible de los que parecían sus aliados naturales: la UCD.

Aun así, los largos meses transcurridos desde el inicio de la reforma en el Estado y la alineación del PNV con el proceso iniciado el 15 de junio ha creado ya demasiadas barreras entre sus **abertzales** propios y los de formulaciones socialistas radicales. La ausencia, el camino de la participación en las legislativas, en la asamblea de parlamentarios, en el Consejo General Vasco, y en el proceso del estatuto, han marcado posiciones estratégicas que hoy parecen insalvables.

Un nacionalismo como éste, de cuña tradicional, pero condicionado ya al proceso político, podrá rascar importantes sectores **abertzales** alineados hoy en las socialdemocracias de algunos partidos integrados en Herri Batasuna, pero difícilmente será un nexo de unión con postulados marxistas radicales de los otros partidos. En suma, el PNV crecerá en el campo nacionalista, aunque pueda perder parte de la clientela indecisa que le llegó a última hora del proceso de estatuto, porque no creía en el enraizamiento en el País Vasco de partidos herederos de una fuerte tradición estatalista.